



## EL ORO Y EL HIERRO.

Mil veces habrán cautivado vuestra atención, mis queridos niños, los brillantes deslumbradores reflejos de alguna preciosa alhaja que guardará vuestra mamá en el último fondo de su cómoda, y habreis admirado embebecidos los bellísimos rubíes que destellan rojizos resplandores, los magníficos diamantes que lanzan rayos de luz de todos colores, ó los amarillos topacios engastados en una pulsera, en un aderezo ó en la tapa de un reloj. El hermoso metal en que esas preciosas piedras están engastadas, terso, resplandeciente y de un color muy semejante á los rayos del sol de primavera, os habrá parecido una de las cosas mas bonitas en que hayais fijado vuestros ojos, y con delicia habreis pensado en el fondo de vuestra alma inocente:— ¡Qué feliz seria yo si tuviera esa alhaja tan bonita!...

¡No es verdad que tambien han recreado vuestra vista aquellas monedas doradas, siempre resplandecientes y primorosamente grabadas, que vuestro papá suele sacar alguna vez de su bolsillo, y cuyo valor y significacion ni

siquiera conoceis?... Indudablemente. El oro es un metal bellísimo, cuyos reflejos fascinan, y que con placer contemplan los ojos.

Siempre que le habeis visto le habeis admirado, ¿no es verdad?... Esto es muy natural. Sin embargo, ¿á que nunca habeis fijado vuestra atención en el grueso cerrojo ennegrecido que sirve de seguridad á la puerta de vuestra casa, ni en la pesada plancha que maneja la criada para dar lustre y brillo á la ropa blanca, ni en las barras mohosas y toscamente labradas que forman vuestros balcones? ¡Ah! no, eso se llama hierro, y es un metal á vuestro ojos despreciable, que no merece la pena de que los ojos se fijen en él.

¿Cuál de esos dos metales os parece mas hermoso?

—¡Vaya una pregunta! contestareis; ¿qué comparacion cabe entre el oro y el hierro, el uno resplandeciente, pulido, sin que la mas leve mancha lo empañe; el otro negruzco, tosco y sin brillo? El oro es mil veces superior al hierro en cualquier concepto que se los considere.

¿Es esa vuestra opinion? No quiero contradecirla, pero me permitireis que os haga una ligera enumeracion de los usos y empleos que en el mundo se dan á uno y á otro metal, para que los compareis y podais deducir las consecuencias que vuestra tierna razon os dicte.

¿En qué se emplea el oro? Yo os lo diré. Del oro se hacen pendientes con que las mujeres agujerean sus orejas para llevarse frívolo adorno que, como conocereis, ni les libra del frio ni les resguarda del calor, ni las protege de un golpe. Del oro se hacen anillos y sortijas que se ciñen á los dedos de la mano, pero que si no les sirven de molestia y estorbo, tampoco les dan mas fuerza y vigor, ni siquiera las amparan, como los guantes, de la intemperie. De oro se fabrican las tapas que forman la caja de los relojes, pero no las ruedas y los muelles ingeniosamente combinados que forman su máquina, y que sirven para medir el tiempo: lo mismo que esas tapas se hacen de oro, se hacen tambien de plata, y podrian hacerse de otra materia cualquiera; eso en nada influiria en la máquina del reloj que es lo esencial.

De oro se hacen los lindos guardapelos que todo lo mas son juguetes frívolos, sin los cuales se puede pasar muy bien. De oro son en las casas de los potentados los cubiertos que sirven para comer, las tazas para el té ó el café, las bandejas donde se sacan los dulces; pero en la generalidad de las casas, esos objetos, útiles sin duda, son en unas de plata, en otras de metal blanco ó dorado, en otras de marfil, en otras de hierro, en otras de madera, y sin embargo hacen el mismo oficio y con idénticos resultados.

Tambien se hacen de oro las pulseras

con que las señoras ciñen sus muñecas, los lindos aderezos y los collares con que adornan su pecho ó su garganta, y sin los cuales podrian pasar perfectamente.

De oro se hacen los puños de algunos bastones; esto no obstante, los hay tambien de hueso, de asta de buey ó de ciervo, de marfil, de madera, de hierro ó de otra cualquier materia, y surten el mismo efecto.

Con hilo de oro se hacen los preciosos bordados que adornan los grandes uniformes y los vestidos que algunas damas de la grandeza lucen en bailes y recepciones. Sin embargo, quitadles á esas casacas y vestidos sus bordados de oro, y abrigarán lo mismo y del mismo modo resguardarán el cuerpo.

Sirve tambien el oro para acuñar moneda de gran valor: habreis visto sin embargo billetes de Banco hechos de humilde papel, y que en el comercio y en el cambio significan mayor valor que el de las monedas de oro: habreis visto tambien que la mayor parte de la moneda que circula es de plata y de cobre, y hace el mismo servicio que la de oro, y si por unánime acuerdo de todas las naciones se conviniera en hacer la moneda de cristal, de cuero, de madera ó de cualquier otra sustancia, daría idénticos resultados, pues solo es un valor convencional que se emplea para las transacciones y cambios.

De oro se construyen tambien las coronas de los reyes y las que adornan á algunas imágenes en las iglesias; pero ni al rey le da mas poder ni mas autoridad esa corona de oro, ni á las sagradas imágenes las hace mas dignas de veneracion. En lo antiguo hubo reyes muy poderosos que usaban corona de hierro; hoy mismo vemos en los tem-

plos multitud de imágenes sagradas que no tienen corona de oro, y el mismo respeto y la misma veneración nos infunden.

¿Sirve el oro para alguna cosa más?.. No lo recuerdo; pero en todo caso será para aplicaciones muy semejantes á las que llevo referidas.

Veamos ahora en qué se emplea ese negruzco metal que se llama hierro.

Con él se fabrican las rejas de los arados que el labrador emplea para abrir en la tierra los surcos donde ha de depositar las semillas que han de producir una abundante cosecha de trigo, de cebada, de maíz y de otros frutos que alimentan, no solo al hombre, sino á los animales que le son más útiles. Si la labor del arado le falta á la tierra, será en vano que el labrador arroje sobre su dura corteza las semillas de las más preciosas plantas; allí se perderán sin producir una sola espiga. ¿Y no podrían hacerlo los arados de oro, de plata ó de otro metal en sustitución del hierro? No, hijos míos, la tierra se resistiría á esas rejas sobrado blandas para abrir sus duras entrañas: solo á la fortaleza del hierro se rinde. De hierro se hacen también los azadones con que el labrador y el hortelano cultivan las viñas y las huertas, que en virtud de esa labor producen las uvas, las patatas y todo género de frutos y legumbres que sirven después para nuestro alimento.

De hierro hacen el jardinero y el podador las hachas, los podones y las cuchillas con que cortan en los árboles las ramas que le perjudican. Sin el hacha fuerte y poderosa no podrían derribarse los corpulentos troncos de los árboles, que luego sirven para leña y carbón y para toda clase de construcciones.

De hierro es la hoz con que el segador corta las espigas y la cuchilla con que el vendimiador separa del sarmiento los racimos.

De hierro se hacen los aros y los cerros, los ejes y toda la clavazón de los carros con que el labrador transporta sus frutos y sus cosechas, y el traficante lleva de un punto á otro los géneros en que comercia.

De hierro se hacen las locomotoras que impulsan á esos pesadísimos trenes que tanta vida dan al comercio, y de hierro son las barras ó *rails*, sobre las cuales ruedan las locomotoras arrastrando su larga cola de wagones. De hierro son los hilos del telégrafo, sin el cual los ferro-carriles no podrían funcionar con toda seguridad, sin el cual el hombre no podría comunicar con el hombre á miles de leguas de distancia en pocos minutos.

De hierro son también las calderas y locomotoras de los monstruosos barcos de navegación que cruzan los salobres mares y las de todas las máquinas que la industria aprovecha para sus más portentosos inventos.

Son también de hierro los martillos, las sierras, los cepillos, los escoplos, las piquetas, los buriles y todos los útiles é instrumentos indispensables para todo género de oficios mecánicos, para el albañil, para el cantero, para el carpintero, para el ebanista, para el relojero, para todos los artesanos que consagran su trabajo á construir cuantos objetos hacen cómoda la vida del hombre.

De hierro se hacen las cerrajas, las aldabas, los cerrojos, las llaves y demás objetos que aseguran las puertas y las ventanas de las habitaciones: aunque vayais á los palacios de los más

poderosos monarcas, yo os respondo de que no hallareis en sus puertas una sola cerraja de oro.

Tambien son de hierro las sartenes, los cucharones, las tenazas y otros muchos útiles indispensables en la cocina: los clavos de todas clases, las planchas para dar lustre á la ropa, hasta las agujas con que el sastre y la costurera cosen la ropa blanca y de abrigo, y con leznas de hierro cose tambien el zapatero las botas y zapatos que resguardan los piés.

De hierro son todos los instrumentos cortantes que tantos y tan variados usos tienen: las tijeras, los cuchillos, las barrenas, hasta el corta-frio que parte el mismo hierro.

De hierro se hacen ya las camas, las perchas para colgar ropa, las arcas para guardar el dinero, y en fin, tanta clase de objetos, que para enumerarlos todos necesitaria escribir un libro.

Para que las comparaciones que vais á hacer en vuestra imaginacion sean mas completas, otra observacion os recomiendo que tengais presente. Ya visteis que los objetos que se fabrican

con el oro no son de absoluta necesidad para los usos de la vida: ahora habeis visto que todos los que se hacen con el hierro son en extremo útiles para el hombre, y la mayor parte de ellos, no solo útiles, sino indispensables.

Las cosas que se hacen con el oro podrian construirse de otra materia: las que se fabrican con el hierro no pueden hacerse con ningun otro metal que reuna las mismas condiciones: el hierro no puede, en efecto, sustituirse ventajosamente con ninguna otra sustancia.

Suponed por un momento que el oro desapareciera y que las minas que lo producen se agotaran. ¿Hallarian los hombres un medio de reparar esa falta? Sin duda alguna. Pero figuraos ahora que desapareciera el hierro y los que tanto lo necesitan no pudieran encontrarlo, ¿con qué se llenaría el vacío que dejaba?

Nada mas os diré: responded ahora á mi primera pregunta. ¿Cuál de esos dos metales os parece mas *precioso*?

P. D. MONTES.

## LA GOLONDRINA.

Clarita hablaba mucho; cuando estaba al lado de su padre ó de su madre, no cesaba de decirles mil cosas; pero ya charlaba demasiado. Un dia que estaba almorzando en el jardin con sus padres, vió una golondrina que puesta sobre una rama de un árbol no cesaba de piar. Al principio le gustaba oirla, pero al cabo de un rato exclamó Clarita:

—¡Esta golondrina aturde! Estoy segura de que volverá bien fatigada á su nido.

—Yo tambien tengo, dijo su padre, una golondrinita que, como esa, no se calla nunca, no cree que aturde, ni tampoco parece fatigada.

Clarita se puso colorada, y habló mucho menos desde aquel dia.



## ISABEL LA CATÓLICA.

## I.

Llora Boabdil el Chico  
 la pérdida de Granada:  
 quien defenderla no supo  
 ¿qué ha de hacer si no llorarla?  
 También llora en sus reales  
 Isabel, porque la gana,  
 que gozo tan estremado  
 solo se expresa con lágrimas.  
 Llanto el uno de alegría,  
 el otro llanto de rabia;  
 lo esconde el rey con vergüenza,  
 la reina con él se ufana.  
 El dolor del moro dice  
 que perdió poder y patria,  
 y ni siquiera el honor  
 consiguió que se salvara;

que vió morir en un dia  
 sus mas dulces esperanzas,  
 la religion de sus padres  
 y la ambicion de su raza.  
 Y es el llanto de la reina  
 santo pregon que declara  
 que al cabo de siete siglos  
 logró España ser España;  
 que se hundió la media luna,  
 y de la cruz sacrosanta,  
 desde el Pirene á Tarifa  
 la dominacion alcanza.  
 Gloria inmortal conquistaron  
 en la sangrienta jornada  
 los tercios aragoneses  
 y legiones castellanas;  
 pero mas que todos ellos  
 ganó del triunfo la palma

la reina que acometió  
aquella empresa sagrada,  
más en su Dios confiando  
que en el poder de sus armas.

## II.

Cortando van con sus quillas  
del mar de Atlante las olas  
tres débiles carabelas,  
cuya direccion se ignora.  
El almirante que rige  
aquella atrevida flota,  
es un loco, segun cuentan  
los que de cuerdos blasonan.  
Solo una mujer sublime  
creyó en su ciencia pasmosa,  
y ofreció para ayudarle  
hasta el valor de sus joyas.  
Colon se llama el marino  
que al mar ignoto se arroja,  
persiguiendo una quimera  
que ha de eternizar su gloria.  
Y la mujer que comprende  
aquella locura heroica,  
la que le ayuda en su empresa  
y con él á España dota  
de un mundo en que ondear puedan  
las banderas españolas,

es la reina de Castilla,  
es Isabel la Católica.

## III.

Cual si conquistar la pátria  
no fuera lauro bastante,  
ella la estendió animosa  
aun mas allá de los mares.  
Grande por sus altos hechos,  
y por sus virtudes grande,  
dificilmente en la historia  
se encontrará quien iguale  
en gloria y merecimientos  
á esa mujer admirable.  
Hízola Dios instrumento  
de sus designios y planes,  
para que por medio de ella  
la cruz de Cristo triunfase  
en España de los moros  
que la injurian y combaten,  
y en el mundo de Colon  
de la ignorancia y barbarie.  
Por eso brilla su nombre  
como grande entre los grandes,  
y mientras exista España  
no podrá nunca olvidarse.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

## EL NIÑO PRÓDIGO

Eduardo y Julio recibían todos los meses de sus padres una corta cantidad para que la gastasen en lo que quisieran.

A los pocos días no le quedaba á Eduardo ni un céntimo, y se hubiera visto muy apurado si hubiese tenido que decir cómo había gastado el dinero.

Su hermano, por el contrario, era económico, y tenía siempre ahorrado algún dinero; porque sabía vencerse y desechaba valientemente los caprichos.

Un día estaban paseando, cuando encontraron á un pobre viajero con los pies desnudos y destrozados.

—Hermano mio, dijo Eduardo, que

tenía muy buen corazón, es menester llevar á este pobre á casa del zapatero, para comprarle un par de zapatos.

—Con mucho gusto, respondió Julio.

Llegaron á la zapatería; y cuando fueron á pagar, Julio sacó la mitad del importe; pero Eduardo se puso colorado, y suplicó á su hermano que pagara por él.

—Yo te lo daré á principios del mes, le dijo.

—Eduardo, te ruego no me lo devuelvas, y déjame á mí solo el placer de esta buena acción.

Eduardo quedó confuso y se prometió ser mas económico desde entonces.



## EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

¡Cuán interminable, cuán áspero parecería el sendero de la vida, si, abandonado á sí mismo tuviera el hombre que disponerse á emprender el camino que conduce á la eternidad, vendados los ojos del alma, con un mundo de deseos en el corazón, indefenso contra todo género de peligros, incauto contra toda clase de asechanzas, sin mas guía que su propio albedrío, ni mas apoyo que el frágil báculo de peregrino!

Lanzado de este modo el hombre en la corriente del mundo, agotaría vanamente uno por uno todos sus esfuerzos; disiparía en un día las fuerzas de

largos años; lucharía inútilmente, y acabaría por caer á la primera jornada, desalentado, rendido, destrozados sus piés por los abrojos del camino.

Semejante lucha sería imposible.

¿Quién, pues, se encarga de acoger bajo su amparo al débil é inocente niño apenas abre los ojos á la luz del día? ¿Quién, cuando ya se ha transformado en mancebo, cuida de apartarle del florido sendero, lleno de encantos y de halagos, pero que conduce á un abismo sin fondo, y le hace huir de los seductores placeres? ¿Quién hace oír su voz al hombre, dominado por las locas

pasiones, sordo á todos los gritos, azuzado por la ambicion y engolfado en el proceloso mar del mundo? ¿Quién, por último, acompaña cariñosamente al debilitado anciano, sirviéndole de apoyo en su decrepitud, consolándole en esa edad en que, por una ironía de la suerte, se presenta la vida con los colores mas hermosos, y no le deja un momento hasta que suena la hora de su muerte?

Nuestra divina religion resuelve este misterio con una de sus mas sublimes revelaciones. Del mismo seno de los coros celestiales, un ángel, *el Angel de la Guarda*, viene al lado del hombre á protegerle, á guiarle, brindándole paz y consuelo. Emisario de Dios, el Angel Custodio le sirve de égida desde que da su primer vagido en el seno materno, hasta que exhala su último suspiro al borde de la tumba.

¡Cuánto no dá en qué pensar este apoyo que concede la Divinidad á la débil naturaleza humana! La lucha del bien y el mal que con encontradas fuerzas combaten el corazon; la dulce voz de los fáciles placeres que tan gratamente suena al oido; el severo grito de la conciencia que se alza imponente llamando al buen camino; el deber y la voluntad en dolorosa pugna; las pasiones hirviendo agitadamente... ¿Qué seria del hombre si el Angel Custodio, enviado por Dios, no viniera en su auxilio?

¡Santa mision la del celeste emisario! Vedle; un mortal va á abrir por vez primera sus ojos á la luz del dia. Los ángeles rodean el trono del Eterno, iluminándose con el resplandor que mana de su frente, esperan saber cuál será el destinado á acompañar en la tierra al que va á nacer.

Señalado que es, el elegido se dispone á partir; besa los divinos piés, traspasados por duros clavos en la cima del Gólgota, y desplegando las sueltas alas, de una blancura indefinible, atraviesa la inmensidad de los espacios, y viene á posarse junto á la cuna de un niño.

Deposita un beso paternal en su frente, sellada ya por el ósculo materno; beso puro, como quien lo recibe; dulce, como de boca de un ángel. Luego bate sus alas alegremente sobre su protegido, y espera con ansiedad el momento de empezar á guiarle en sus primeros pasos en la carrera de la vida.

Este momento llega. El niño juega ya en las rodillas de su madre; luego pronuncia algunas palabras, y despues... despues habla, corre, pregunta, desea.

El ángel derrama lágrimas de alegría, porque comienza su obra.

Miradle. Es una serena tarde de otoño. El dia va declinando, y el sol se va hundiendo lentamente, adornándose como en señal de despedida, de sus mas hermosos rayos. La sombra lo va invadiendo todo. Poco despues se deja oir el tañido triste de una campana; es el melancólico toque de oraciones; hora de recogimiento y soledad; de quietud y de silencio. La madre y el hijo se arrodillan, y la sencilla oracion de la *Anunciacion* brota á un mismo tiempo de sus lábios: con acento conmovido la una; con voz balbuciente el otro. La obra del Angel de la Guarda ha empezado: en el tierno corazon del niño, cera á todas las impresiones, á todos los afectos, germina el amor de su Dios. Mas tarde, cuando sus párpados se van cerrando al peso del sueño, el niño, reclinado en brazos de su madre,

dirige una corta plegaria á su Angel Custodio. En ella da gracias al compañero que Dios le ha señalado en el camino de su vida, y le ruega no le abandone en su desamparo é inocencia. El Angel, con lágrimas en los ojos, recoge de labios del tierno infante el fruto de sus afanes, y aumenta, si es posible, sus cuidados y su cariño.

¿Puede darse mision mas noble, mas santa, que la del Angel Custodio? Vela el inocente y no turbado sueño del niño: escudo invisible, vaga de continuo á su alrededor, ya infundiéndole un buen pensamiento, ya preservándole de algun funesto peligro. Es infatigable por el bien de su protegido; previsor, como enviado de quien todo lo sabe; tierno y amoroso como una madre.

Vedle en el cumplimiento de su dulce ministerio. El niño mira con asombro cuanto se presenta á su vista, cuanto pasa en torno suyo: quisiera poder abarcarlo todo con su mirada, desearia tener el sol al alcance de sus manos. Lleno de inesperienza, halagado por las dulcísimas impresiones de la infancia, se ha lanzado al sendero del mundo, loco de alegría, deseándolo todo con delirio; despreciándolo despues. Cada nuevo objeto le hace exhalar una exclamacion de asombro: todo se presenta á sus ojos con los risueños colores de la felicidad.

Reparad en él: atrevido, incauto, camina con la sonrisa en los labios por el sendero de la vida, oscuro en el fondo, con luces engañosas, cubierto alternativamente de flores y de abrojos. Al borde del camino, tronchados árboles señalan las huellas de los desatados huracanes que han pasado. ¿Cómo ha de reparar el niño en un árbol destrozado por pasadas tempestades, cuan-

do las mas hechiceras flores le llaman con sus colores y su fragancia? Ébrio de placer las admira: aquel aroma embarga dulcemente sus sentidos; aquellos colores le encantan.

—El mundo no debia tener mas que flores, exclama el niño.

Y salta de alegría al lado de las que crecen en el camino que huellan sus piés. Cree que no puede haber mayor felicidad. Quiere poseerlas; dirige á ellas su incauta mano; pisa descuidadamente aquella rica y perfumada alfombra, y la chata y asquerosa cabeza de una venenosa serpiente asoma entre las verdes hojas y purpúreas rosas, lanzando un agudo silbido, que hace estremecerse al niño y prorumpir en un ¡ay! de terror.

Sin embargo, su Angel Custodio no le abandonaba. Batia sus alas cariñosamente sobre su cabeza, y cuando le vió abalanzarse á aquellas engañosas flores, que bajo su hermosura y aromas escondian al venenoso reptil, voló con celestial cariño á resguardarle entre los pliegues de su manto.

¿Cómo rebosa este cuadro en sublimidad y poesía! El niño, trémulo de espanto, cruzadas las manos sobre el pecho, como para resguardar su inocente corazón de un nuevo peligro, camina bajo la salvaguardia de su Angel Custodio. Sus desnudos piés avanzan con resolucion por una senda que poco á poco se va haciendo áspera y escarpada, y se va cubriendo de abrojos. El Angel que le guia y le ampara estiene sobre él sus suavísimas alas: la frente del enviado de Dios resplandece con una luz mas pura que la aurora del primer dia del mundo: su cabellera de oro se extiende suelta sobre sus hombros; con la diestra mano señala al

tierno infante el sendero de la vida. Al extremo de éste se alza una tumba con una cruz: al pié de esta tumba se abre un negro é insondable abismo, y á lo lejos, en la cumbre de una colina, se eleva un templo de gloria, foco de esplendor, derramando mares de luz que inundan el espacio. Aquel es el término que muestra el Angel como término de la carrera de la vida, y como recompensa de las fatigas que puede causarle el penoso sendero que se presenta á su vista.

Su Angel Custodio no le abandonará hasta el fin de la jornada: le iluminará con un rayo de esperanza cuando pruebe la amarga hiel de los desengaños: le levantará cuando tropiece: le alentará cuando desmaye, y si nunca abandona la senda del bien, volará gozoso con él á la region eterna.

¡Desgraciado del que desoyendo la dulce voz de su celestial guia se pierde en el confuso laberinto de los placeres! ¡Malhadado el que solo atiende al seductor halago de las pasiones y no hace caso de su Angel, que por medio

de la conciencia guia al caminante cuando pierde el buen sendero y se extravía entre la maleza! Si tal sucede, el Angel llora por el hombre confiado á su custodia, lamentando sus errores y obcecacion.

Quando el hombre llega paciente y confiado al término de su carrera, el Angel, trémulo y palpitante, espera la decision del Supremo Juez, que debe sentenciar al que dejó un dia confiado á su proteccion.

Si el hombre se salva, el Angel recoge su último suspiro, y rebotando alegría, le lleva en sus brazos á gozar con él de las venturas celestiales. Desde aquel momento le considera como su hermano.

Si el hombre se pierde, el Angel padece por él hasta el último momento. Despues, perdida toda esperanza, exhala un ¡ay! de dolor sobre la tumba del desgraciado, y vuela solo y desconsolado á llorar silenciosamente por su protegido á los piés del Salvador.

ANTONIO ARNAO.



## PRIMERO EN GEOGRAFÍA.

o Mi amigo Luis me contaba el otro día uno de los recuerdos de su infancia.

o Estaba yo, me dijo, en un colegio de una capital de provincia, en el cual perdí,—por mi culpa se entiende,—dos ó tres de mis años mejores.

o Todos los sábados, en la clase de que formaba parte, se nos encargaba una composición sobre tal ó cual orden de materias, y el lunes,—día en que se proclamaba el resultado del certámen,—el alumno cuya composición había sido considerada la mejor, tomaba posesión para toda la semana del primer asiento del banco,—lo que constituía la mas señalada distinción honorífica que podía obtenerse en el curso ordinario de los estudios.

o Un sábado se nos propuso por tema de la composición una estadística de los Estados que componen la Confederación germánica.

No hay para qué decir que antes de hacernos conocer la materia que habíamos de tratar, el profesor nos había exigido que depositásemos en su poder todos nuestros tratados de geografía; pero lo mismo que nos dejaba nuestros diccionarios los días en que para el certámen nos señalaba una traducción, nos autorizó igualmente á conservar los atlas que podían ayudar á nuestra memoria para hacer mas fácilmente el trabajo estadístico citado.

o Por mi parte debo confesar, que si hubiera tenido que desprenderme del atlas al mismo tiempo que del libro, me hubiera visto muy apurado para hacer figurar en su rango y lugar respectivos las provincias bañadas por el

Rhin, el Elba ó el Danubio, y aun para nombrar los mas importantes de los numerosos Estados cuyas capitales, extensión aproximada y cifra de población, era preciso determinar para ajustarse al programa del concurso.

o Pero quedaba en mi poder el atlas, y este atlas mio se diferenciaba del adoptado generalmente en la clase, y no había entre mis condiscípulos ninguno igual.

o El atlas de mis compañeros abierto por la carta de Alemania, no presentaba mas que un conjunto de disposiciones topográficas, con las que debían orientar sus recuerdos, mientras que el mio tenía anejo al plano de los territorios germánicos, un cuadro metódico y completo de los reinos, principados y ducados, con las ciudades principales y la cifra de las poblaciones.

o Todas las probabilidades de éxito estaban, pues, en favor mio, pero no me ocurrió igualar las condiciones del certámen yendo á entregar al profesor el explícito guía que la casualidad me había proporcionado.

o Estaba muy mal hecho lo que yo hacía, ó mas bien lo que dejaba de hacer. Pero aquel puesto de honor al que nunca había podido llegar, tenía tantos encantos para mí... La tentación,—así sucede siempre,—hizo callar todos mis escrúpulos. No entregué mi atlas al profesor, y redacté perfectamente mi composición con la ayuda del cuadro, que tuve gran cuidado de ocultar todo lo posible con el brazo, para que los condiscípulos que se sentaban á mi lado no lo llegasen á ver. Y cuando el profesor recogió las composiciones, entre-

gué yo la mía con el mayor desparpajo del mundo.

Pero apenas la hube dado hubiera querido recogerla; faltóme, sin embargo, el valor para confesar mi superchería. Me asusté del escándalo que iba á provocar, del castigo que tendria que sufrir. Y dejé marchar las cosas, pero no pude conservar una perfecta tranquilidad de conciencia.

Dos dias habian de pasar antes de que conociera el resultado del fraude, y durante estos dos dias sufrí crueles incertidumbres. Hubiera querido detener las alas del tiempo, que me parecia volaba con extraordinaria rapidez. La noche del domingo soñé que me paseaban por las calles enseñando á la multitud la hoja del atlas de donde habia copiado mi composicion, y que aquella hoja la llevaba yo clavada en la espalda como un padron de infamia.

Convencido de que el temor de ser descubierto era la causa única de las angustias que me atormentaban, mi primer cuidado al llegar el lunes á la clase, fué destruir el solo testigo que podia declarar contra mí.

Cogí el atlas, y arrancando á la carta de Alemania el cuadro explicativo al que correspondia todo el mérito de mi composicion, lo rompí en mil pedazos.

Terminada esta operacion, sin que nadie me sorprendiera en ella, respiré mas á gusto, y creí recobrar la tranquilidad de espíritu que tanta falta me hacia.

Pero por mas que yo queria convencerme de que mi secreto no podia ser descubierto, no encontré la tranquilidad que deseaba; mi tormento continuó, y era mas vivo á medida que se aproximaba el momento en que sin du-

da iba á recibir un premio inmerecido.

Muchas veces en aquella mañana tuve intenciones de confesar en alta voz delante de todos la superchería que habia cometido; pero un sentimiento de falsa vergüenza me detuvo.

Y además, el mal instinto que me habia aconsejado el fraude, me demostraba que debia recoger tranquilamente el fruto, puesto que nada podia probar que no tuviese derecho á recogerlo; pero á pesar de estas pérfidas sugerencias, me estremecia de la cabeza á los piés mirando hácia aquel sitio de preferencia del que ya me creia poseionado.

En fin, llegó el profesor y se sentó tranquilamente en su sillón, trayendo en la mano el legajo de las composiciones que habia examinado ya, y se dispuso á hacer conocer el mérito de cada una.

Advertí que me miraba con cierta insistencia; entonces bajé los ojos, ante los cuales parecia que se estendia una densa nube, y sentí que se me abrasaba el cerebro.

El silencio que habia en la clase tenia para mí algo de tristemente solemne.

El profesor dijo:

—Voy á leer la lista de las composiciones en el orden en que deben colocarse segun su mérito.

En aquel momento levanté valientemente la cabeza. Tuve, en fin, el valor de mi falta. No esperaba mas que oír mi nombre para declarar al profesor, sucediera lo que sucediera, que era indigno de la distincion que se me daba.

El profesor empezó:—Primero, don... No fué mi nombre el que pronunció,

pero continuaba mirándome fijamente.

—Segundo, don...

Tampoco fué mi nombre el que salió de sus lábios, pero no dejaba de mirarme.

Yo le miré tambien sorprendido, estupefacto.

Tercero, don...

Tampoco era yo el tercero.

—Cuarto, quinto, sexto... en fin, oí nombrar á todos mis condiscípulos, y cuando ya faltaba solamente mi nombre, dijo con reposado acento:

—En cuanto á la composicion de don Luis Gomez, me parece que la he perdido. Me acuerdo perfectamente de haberla recibido; pero por mas que la he buscado luego, no he podido dar con ella. Lo siento mucho por su autor, que acaso hubiera sido el primero, si su composicion hubiese podido ser examinada. Pero creo que será indulgente conmigo, que tantas veces lo soy con él. Por lo demás, espero que cosa como esta no me vuelva á suceder. Esto no sucede dos veces.

Era evidente, despues de estas palabras, dichas con una entonacion particular, que el profesor, asombrado del raro valor de mi composicion, habia procurado adquirir informes en el cajon de mi pupitre, donde habia encontrado el atlas antes de que yo pensase en mutilarlo.

Algunos dias despues lo supe de seguro.

Habiéndome cogido de las manos el atlas, el profesor me castigó severamente, motivando el castigo ante mis condiscípulos en el hecho de *haber arrancado del atlas el cuadro explicativo de la carta de Alemania*.

La leccion era severa, justa y delicadamente dada, y mis condiscípulos hacian mas grande el efecto de esta leccion, condoliéndose de mí de buena fé porque el profesor habia perdido mi composicion.

Pero esta leccion, por grave que fuera, no lo era tanto como el castigo que hallaba yo en mi propia conciencia.

Hace ya mucho tiempo de aquel incidente de mi vida de colegial; pero nunca olvidaré el tormento que sufrí en aquellos dos dias.

Despues he encontrado muchas personas que niegan ciegamente la existencia del remordimiento y pretenden confundirlo con el temor del castigo. En respuesta á ese absurdo les he contado esta historia.

¿Les habré convencido de su error?.. Lo ignoro. Pero yo sé que su duda no ha podido arrebatarme á mí la fé. Creo en la conciencia, que es en nosotros como un reflejo de la luz divina, y soy dichoso creyendo en ella, como lo soy creyendo en Dios Todopoderoso y en la Santísima Virgen, Purísima Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

E. MULLER.



### AMOR MATERNAL.

(FRAGMENTO DE UN LIBRO INÉDITO TITULADO «LAS MADRES.»)

|  |   |
|--|---|
| <p>—¡Alma mia! ¡Vida de mi vida! ¡Gloria de mi corazón! ¡Rey del mundo!...</p> <p>No hay que preguntar quién pronuncia estas palabras; es una madre,</p> | <p>una madre que se está mirando en su hijo, en su gloria.</p> <p>—¿Quiere V. mucho á su hijo? le pregunto.</p> |
|--|---|

—Se conoce que V. no los tiene, me contesta, porque si los tuviera no me haria esa pregunta.

—Es verdad, perdone V. que se la haya dirigido. Preguntar á una madre si quiere á su hijo, es casi hacerla un agravio.

—Pues si este hijo es mi gloria, si es mi alma, si es mi vida.

—El amor maternal es el amor de los amores.

—¡Ah señor! Eso no se sabe hasta que se siente. Mire V., yo era hace dos años una muchacha alegre, aturdida, burlona, que me reia de todo, que me enfadaba oír llorar un niño, que maldita la gracia que me hacian los que veia, y con tan poca habilidad para acariciarlos, que ni sabia decirles una palabra de cariño, ni tenia gracia para hacerlos reir, sino por el contrario, en cuanto me acercaba á ellos ya estaban llorando desesperados, y no habia medio de acallarlos mientras no me veian alejarme.

—¿Y ahora?

—Ahora, ahora ya soy otra mujer... ya vé V., soy madre.

Dijo esta frase aquella mujer con tan puro y tierno acento, con tan encantadora sencillez, que su voz penetró en mi corazon y me conmovió profundamente.

—Y buena madre, añadí.

—¡Buena madre! repitió. Pues qué, ¿puede haber madres malas?... Yo soy una madre como todas, ni mas ni menos, pero mejor que otras no. Una mujer, en cuanto es madre, tiene ya obligacion de ser buena, y si no lo fuera seria ingrata para con Dios, que ha depositado en ella un ángel, y le ha encomendado su vida, su bien, su alimento, su cuidado. ¿Cómo puede prescindirse

de esta sagrada obligacion? ¿Cómo se puede dejar de corresponder á lo que es la voluntad de Dios?... ¿No digo bien?

—¡Oh, sí! Habla V. con la mágica elocuencia de la virtud.

—¡Jesús! ¡Virtud! ¿Qué virtud hay en hacer lo que se debe hacer?...

—¿Y su esposo de V?...

—Mi pariente... ¡pobrecillo!... Todos los dias sale á ver si encuentra donde trabajar, pero no hay trabajo; el tiempo es tan malo... el que tiene no quiere gastar, y los pobres que no tienen otro patrimonio que el trabajo no hallan modo de ganar un pedazo de pan. Dicen que los hombres tienen la culpa de que las cosas estén muy malas, porque están desunidos y unos son enemigos de otros, y reinan entre ellos ambiciones desatentadas, envidias implacables y rencores profundos... Yo, señor, no entiendo de estas cosas; pero creo que bastaria para que hubiese paz y bien para todos que los hombres cumpliesen los mandamientos de la ley de Dios... Con eso solo viviríamos todos en la felicidad.

—Tiene V. razon, buena mujer.

—Mire V., mi marido y yo, tan pobres como somos, todavía no somos desgraciados, todavía no nos quejamos de nuestra suerte. Ponemos en Dios nuestra confianza, y en Él esperamos. Cuando mi marido se lamenta de la escasez que sufrimos le digo yo:

Ten paciencia, hombre, es verdad que no estamos en la abundancia, que muchos dias no sabemos si podremos comer, que alguno lo hemos pasado con un poco de pan; pero dime, ¿no sería, por ejemplo, mayor desgracia para nosotros que viviéramos desavenidos, que tú estuvieses lleno de ira contra mí, que yo te aborreciera, que tú no

tuvieras quien compartiera tus penas, ni yo á quien volver los ojos ni en quien hallar consuelo?... Dios no nos abandona mientras nos dé resignacion y honradez; resignacion para sufrir las contrariedades de la vida y honradez para no caer jamás en la tentacion de la codicia, de la envidia, y poder arrostrar la pobreza con ánimo fuerte y conciencia tranquila.

—Estoy oyendo á V. con vivísimo placer.

—Además, le digo yo á mi marido, ¿cómo hemos de llamarnos desgraciados teniendo este hijo de nuestro amor, esta angelical criatura, que es nuestra esperanza?... Desgraciados seríamos si le perdiéramos, si Dios nos le arrebatase, aunque tuviéramos la mas cuantiosa fortuna, los mayores honores de la tierra. Entonces si que tendríamos razon para llorar, para desesperarnos.

¡Hijo mio! No sabe V. lo que he sufrido con él. El pobrecito ha nacido tan débil, que he tenido que hacer milagros para conservar esta vida que amenazaba apagarse al menor soplo de aire... ¡Cuántas noches he pasado en vela, teniéndole en mis brazos, dándole calor con mi cuerpo... y el pobrecito, frio como la nieve, respirando apenas, ¡casi muerto!... ¡Ay, señor! cuando yo vaya á morir, no sentiré igual angustia á la que sentia viendo que se me iba de entre mis brazos la vida de este hijo de mi alma. Pero Dios veia mi dolor, mi desesperacion, y salvó á mi hijo.

¡Mírele V. qué hermoso está ahora!.. Pues está así por mi cuidado, porque yo no duermo, no descanso un momento, porque soy esclava de mi hijo, esclava no, porque soy su madre.

¿Para qué quiero mas felicidad que esta?...

Todo el dia estoy pensando en él; en cuando sea grande y estudie, porque yo quiero que mi hijo estudie y sepa, y sea hombre bueno é instruido, que sea mejor que sus padres, que no sabemos nada, y por consiguiente, es muy reducida la esfera en que podemos buscar recursos para la vida; pero aunque somos tan pobres, no crea V. que nuestro hijo se quedará sin educacion, no señor.

Mi marido y yo nos privaremos de todo para que á él nada le falte; seria un remordimiento muy grande para nosotros salir de este mundo dejando en él á nuestro hijo heredero únicamente de nuestra ignorancia. No señor, no, hemos de ponerle en camino de ser bueno, de ser feliz, de hacer bien á sus semejantes.

Todo el dia estoy pensando en esto, en el porvenir de mi hijo; ya ve V. que no tengo tiempo para quejarme de nuestra pobreza.

No seria así si no tuviera este hijo adorado; entonces pensaría en mí, seria egoista, seria rebelde á los designios de la Providencia, repararía en las demás mujeres mas afortunadas, compararía su situacion halagüena con la mia triste, y tal vez tuviera envidia.

Ahora no envidio á nadie, á nadie.

En aquel momento llegó el marido de aquella buenísima madre.

Era un hombre del pueblo, de semblante afable, y en cuanto llegó cogió al niño en sus brazos, le besó tiernamente, y exclamó:

Tenias razon, mujer mia, Dios no nos abandona, ya he encontrado trabajo; no me querian recibir en el taller, porque hay poco que hacer, pero he suplido tanto, he dicho que tenia un hijo, y el maestro, que acaba de perder el

que tenía, se ha conmovido y me ha dicho:

—Ya que no puedo hacer nada por mi hijo, lo haré por el de V. Agrádecasle V. á mi hijo, que está en el cielo, el pan que le aseguro á V. para el suyo.

Mucho me alegro de haber hallado trabajo. Es una vergüenza que un hombre como yo, un hombre que tiene un hijo, ande por esas calles hecho un holgazán, aunque sea contra su voluntad. ¡Cuando pienso que un día que no tuve trabajo fué el día que entré en la taberna!... ¡Oh! por fortuna no entré mas que una vez. Y no volveré á entrar en mi vida.

La taberna es el gran enemigo de los pobres.

El buen hombre, preocupado con su alegría y con su hijo, no había reparado en mí.

Yo le expliqué cómo al pasar había oído las exclamaciones de amor maternal de su digna y honrada compañera, y la conversacion que habíamos tenido.

—Mi mujer, dijo, es una santa; mucho mejor que yo.

—¡Hombre! exclamó ella.

—Sí, que á todos se lo he de decir; sepa V., caballero, que yo he sido un pillastre, así como suena, pero esta me ha hecho otro hombre, me ha hecho bueno. No he tenido mala fortuna; si ella no hubiera sido tan buena, yo habría sido peor de lo que era, y figúrese V. qué matrimonio tan lucido hubiera sido el nuestro. Digo, yo no sé explicarme, pero me parece...

—Habla V. perfectamente, como un hombre de bien, como un buen marido y un padre ejemplar.

Y dejó á los dos esposos acariciando á porfía á su hijo, y llenos de contento y satisfaccion.

Hé aquí, pensé, un cuadro de verdadera felicidad, hé aquí cómo estos dos pobres han hallado el medio, que tantos ricos y sábios no encuentran, de gozar dicha completa y verdadera, sin hacer para conseguirlo mas que cumplir con sus deberes.

C. FRONTAURA.

## LO QUE PUEDE UNA MUJER

(CONTINUACION.)

Quien hubiera frecuentado la casa de los padres de Rosita en los felicísimos tiempos de la honrada familia, y no hubiese vuelto á ver á aquella joven bella, elegante, distinguida, hasta diez años despues de su matrimonio, no la habría reconocido seguramente.

De aquella hermosura fascinadora, brillante, espléndida de los años dicho-

sos de su juventud, nada quedaba; pero tenía en cambio la hermosura de la virtud, de la resignacion, del sufrimiento y del amor maternal.

Todo lo había perdido; en las manos de aquel hombre que eligió por marido, mal aconsejada por su vanidad, había desaparecido como humo una gran fortuna, y Rosita y su hija habían

quedado sin otro recurso que el trabajo de sus manos.

Rosita, la que jamás había querido hacer ninguna clase de labor, la que, cuando soltera se habría horrorizado ante la idea de tener que dedicarse al trabajo, había acudido á este recurso supremo, y bendecía á Dios el día que su trabajo le proporcionaba seis ú ocho reales para mantener á su hija.

Y se había convencido de que todo lo puede la buena voluntad, porque ella, que nunca supo trabajar, trabajaba ya con rara perfección, y no le cansaba el trabajo; por el contrario, cuando no tenía trabajo era cuando sentía más la fatiga y el pesar de su triste existencia.

Pero no era Rosita sola la que trabajaba; también trabajaba su hija.

Angelita se había educado en el infortunio; desde sus primeros años se había acostumbrado á ver las lágrimas en los ojos de su madre, el despego y el desamor en su padre, la tristeza en sus abuelos, y acaso por esto no era una niña como las demás, alegre, aturrida, bulliciosa é irreflexiva.

Era todo lo contrario, era una niña triste, inteligente, reservada; nada se escapaba á su penetración, y todo lo observaba y todo lo adivinaba con poderoso instinto.

Desde que tuvo cuatro años, la enseñó su madre á rezar cuando iba á entregarse al descanso, y después de las oraciones á varios santos y pidiendo á Dios por sus abuelitos, dedicaba otra á pedir salud y felicidad para su padre, y siempre la niña rezaba esta última oración sin poder contener las lágrimas.

Bien comprendía la pobre niña que su padre debía ser de otra manera, que

su padre era el autor de las amarguras de la buena y resignada madre.

Angelita vió desaparecer de su casa todos los objetos de lujo, luego casi todos los de necesidad, vió á su madre con el mismo vestido siempre, la vió trabajar cuidadosamente, y un día dijo á Rosita:

—Mamá, si no te enfadas...

—¿Por qué, hija mía?

—Iba á decirte una cosa.

—¿Cuál?

—Tú crees que yo no sé nada, que yo no veo nada...

—¿Qué irá á decir? pensó la atribulada madre.

—Ya sé que cuando yo me acuesto, cuando me duermo, tú te levantas calladito, enciendes la luz, pones un papel delante para que no me llegue el resplandor, y te estás cose que cose hasta las tantas... hasta muy tarde.

—¿Hija mía!

—Me lo ocultas porque no quieres afligirme, pero me afliges más. Yo... no creas que no pienso... sí que pienso, y muchas veces digo que si yo tuviera ya cuatro ó cinco años más, las cosas pasarían al contrario, quiero decir, que tú te acostarías y yo sería la que pasara la noche trabajando.

—¿Oh! no.

—¿No?... Pues mira, mamá; yo sé ya coser, no tan primorosamente como tú, pero te puedo ayudar, puedo hacer lo que sea más fácil, y así, cosiendo las dos todo el día, podríamos también dormir las dos por la noche, y tú no te pondrías mala.

No quería Rosita que su hija la ayudase, pero hubo de ceder, porque la niña empezó á ponerse tan triste que la pobre madre temió por su vida.

Pero Angelita recobró su sonrisa,

aunque triste siempre, y su semblante se animó apenas su madre la hizo compartir con ella el trabajo.

Y la verdad era que le servia de mucho la pobre niña, y que al poco tiempo ya cosia mas de prisa que ella misma.

—Bueno es, decia la niña jovialmente, que yo aprenda á coser mucho y bien; así no nos moriremos de hambre, mamá mia.

—¡Qué ideas, hija mia!

—La verdad, mamá; si no tenemos otro recurso que el trabajo, cuanto

mejor sepa yo trabajar, mas probabilidades tendré de que no me falte nunca.

—Hija mia, Dios querrá que nuestra situacion cambie y mejore. Tus abuelos recobrarán su fortuna.

—¡Quiéralo Dios!... Mis pobrecitos abuelos merecian mejor suerte.

—Yo espero en Él.

—Y yo tambien; pero si nuestra situacion llega á mejorar, como dices, no me habrá hecho ningun daño aprender y acostumbrarme á trabajar.

—Es verdad, hija mia, contestaba la madre con un suspiro.



Hablemos ahora del padre, aunque á vosotros, tiernos lectores, y á mí nos repugna hablar de semejante hombre.

Manolito no vivia en la casa donde se habian guarecido su mujer y su hija.

Despuesde haberlas arrebatado cuan-

to tenian; cuando ya no tenian nada que él pudiera derrochar, habia abandonado el hogar doméstico, que no tenia para él atractivo ninguno.

De vez en cuando se presentaba en casa de Rosita, vergüenza dá decirlo, á pedir dinero.

Cuando todo lo habia perdido en el juego el miserable, iba á ver si su mujer le facilitaba un duro con que volver á recobrarlo.

Y Rosita, si tenia el duro, y para tenerlo Dios sabe las privaciones que se imponia, se lo entregaba antes de que su hija pudiera advertir aquella vergonzosa exigencia.

El infame habia perdido en el abismo del vicio toda idea de pundonor, y no vacilaba en recibir aquel dinero de la pobre mujer á quien habia reducido á la miseria, y que acaso no le quedaba con que dar de comer aquel dia á su hija.

Ya veis, lectores míos, á qué vergonzoso extremo de abyeccion pueden conducir al hombre el vicio abominable, el olvido de todos los sagrados deberes sociales y la carencia de ese dulcísimo consuelo, de ese bien incomparable que se llama la religion.

En este horrible abismo cae quien no aprovecha los beneficios de la educacion, quien no oye otra voz mas que la de su voluntad; y quien no se persuade de que los hombres en el mundo tienen el deber de vivir sometidos á las leyes divinas y humanas, hechas las unas por Dios para la salvacion de sus criaturas, y las otras por los hombres para bien y decoro de la sociedad y la familia.

La casa de los padres de Rosita no era nada mas cómoda y bella que la de su hija. Tambien allí reinaban la tristeza y la pobreza; tambien allí una madre infeliz lloraba amargamente y trabajaba tambien para proporcionar alguna mas comodidad á su desgraciado marido; y bien merecia este cui-

dato el pobre hombre que tan bueno habia sido para su mujer, que jamás habia tenido mas voluntad que la de ésta, y que tan rudo golpe habia sufrido cuando creia asegurada la paz de sus postreros dias.

Don Antonio habia quedado muy enfermo.

En seis años habia envejecido como si hubieran pasado veinte. Su juicio estaba poco seguro y casi parecia un niño.

Nunca una esposa y madre sufrió tan cruel tormento como el de la triste Lucía.

Sabia la ahogada situacion de su hija y no podia favorecerla, y aun para no agravar la profunda pena de Rosita, tenia que mentirla que todavía no estaban privados de recursos, que vivian pobre, pero tranquilamente.

Tambien tenia que ocultar á su marido que trabajaba para sostener las obligaciones de la casa, para que durase mas la cantidad que, vendiendo unas cosas y otras, habia podido reunir.

Cuando la madre y la hija se veian, ambas procuraban engañarse mutuamente, ambas aparentaban no tener gran apuro para satisfacer las necesidades de la vida.

Y Angelita, cuando veia á su abuela, comprendiendo instintivamente que de ella habia de esperar saber la verdad, hacia heróicos esfuerzos para aparecer alegre, risueña, satisfecha.

Y tan bien representaba su papel, que solia engañar la perspicacia de la abuelita, que sentia, en medio de sus amarguras, grato consuelo viendo á su nieta tan alegre, tan expansiva.

Y la pobre niña, por dar este consuelo á su abuelita, sufría indefinible

tormento, y así, cuando se separaba de ella, prorumpia en llanto. Parecia imposible que una niña de diez años tuviese tanta fuerza para sufrir, tan esquisita prudencia, tan notable discrecion.

Y en tanto que tantos dolores, tan crudas amarguras, tan profundas penas

sufria aquella pobre inocente familia, el causante de su desventura, encenagado en el vicio, despreciado de sus mismos cómplices y compañeros de libertinaje, habia llegado á una situacion tal, que todo el que oia hablar de Manolito Morales decia:

—¡Ah, sí, es un perdido!

(Se continuará.)

## EL NIÑO INDOLENTE.

(FÁBULA.)

A notar llegó una anciana  
En un nieto que tenia,  
Que al mandarle algo decia:  
—Mañana lo haré, mañana.  
Nunca el pequeño con gana  
Se hallaba de trabajar,  
Y queriéndole quitar  
Costumbre tan perniciosa,  
Esta leccion provechosa  
Su abuela le supo dar.

—  
Un pequeño árbol compró  
Lleno de fruta por cierto,  
Y de su casa en el huerto  
La anciana lo trasplantó:  
Despues al nieto llamó  
Diciéndole:—Necesito  
Que cuides de este arbolito  
Y le riegues muchas veces,  
Que él te pagará con creces  
Dándote fruto esquisito.»

—  
Bien al niño parecióle  
Lo que le dijo la anciana:  
Pero—ya lo haré mañana,  
En seguida contestóle:  
La anciana calló, dejóle,  
Hízose la indiferente,  
Mas en el dia siguiente  
Repitióle con cariño:  
—Vé á regar el árbol, niño,  
No seas tan indolente.

Así un dia y otro dia  
Sin sentirlo se pasaba,  
Y ya el árbol se secaba  
Pues muerto de sed yacia;  
La anciana con energia  
Al fin al nieto llamó,  
Y llena de agua le dió  
Una verde regadera,  
Para que en seguida hiciera  
Lo que siempre le ordenó.

—  
Entonces fué cuando al huerto  
Corrió el niño presuroso  
Y encontró el árbol hermoso  
¡Deshojado, mustio, muerto!  
De llanto el rostro cubierto  
Volvióse el niño á su abuela,  
Y esta que tan solo anhela  
Darle una leccion al niño,  
Sin demostrarle cariño  
Su triste pesar consuela.

—  
Sin promoverle disputa  
Despues de lo sucedido,  
—Hijo, no has obedecido  
En seguir la mejor ruta,  
Y te quedas sin la fruta  
Que despertaba tu gana,  
—Dijo, y añadió la anciana:  
Un consejo, pues, te doy:  
*Bien que puedas hacer hoy,  
No aguardes para mañana.*

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

## AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

= El talento sin probidad es como el amor sin virtud. Todo lo trastorna y lo envenena.

= La moral no se impone a las naciones con las leyes. Se les infunde con el ejemplo.

= Se llega á la virtud en alas de la caridad; á la justicia en alas de la razón; al cielo en alas de la fe.

= Las pomposas palabras y los recónditos misterios de la política son como los prestigios de la fantasmagoría, que solo engañan á los espectadores cándidos. Puede aplicarse á muchos hombres políticos lo que Catón decía de los augures romanos: No pueden mirarse sin reírse.

= Una sociedad civilizada es un espléndido edificio. Son sus columnas la religión y la justicia; sus ornamentos las artes y las letras.

= Aquel que en la comedia humana emplea todas las fuerzas de su alma para representar de veras su papel, puede triunfar alguna vez en su noble tarea; pero dejará siempre en la escena pedruzcos de su corazón. Debe tener un lugar en el cielo como los mártires de la fe.

*Leopoldo Augusto de Cueto*

Literato distinguido, elevado funcionario y persona culta y amable, son las tres principales circunstancias que debemos apuntar al dedicar algunas

líneas al conocido escritor cuyo autógrafo damos hoy á nuestros lectores.

En el primer concepto debemos decir que ha publicado gran número de ar-

## TIPOS DE LA CALLE.



Un aprendiz de presidiario.

tículos y poesías en diversos periódicos, y algunas notables críticas literarias; una *Vida del conde de Toreno*, y un drama original titulado *Doña María Coronel*, con lisonjero éxito estrenado.

Actualmente dirige en la *Biblioteca de Autores Españoles* la colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*, que ha formado é ilustrado de un modo superior, pues sobre el acierto en la elección y el orden de los mismos, le precede un *Losquejo histórico-crítico de la poesía castellana* en el citado siglo, que es un precioso, completo y erudito

tratado de la materia, el cual debia el Sr. Cueto publicar en tomo aparte para deleite y utilidad de los amantes de la patria literatura.

Como funcionario ha servido en la carrera diplomática hasta el grado de ministro plenipotenciario, habiendo sido despues consejero de Estado durante largo tiempo.

Por último, el Sr. Cueto es un hombre de fino trato y pronunciados gustos artísticos.

Pertenece á la Academia Española de la Lengua desde hace muchos años.

## TIPOS DE LA CALLE.



El lazarillo de ciego.

## REGALITO DE AÑO NUEVO PARA NUESTROS QUERIDOS SUSCRITORES.

Para demostrarles lo mucho que apreciamos el favor que nos dispensan, y aunque los tiempos no están para hacer mas gastos, sobre los muchos que hacemos, á fin de sostener á gran altura esta publicacion, en año nuevo regalaremos á todos los suscritores que renueven su abono por año, por seis meses, ó por tres lo menos, un bonito

**ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1871,**

que se va á imprimir apenas se terminen los grabados, y no lo damos antes porque hemos de dar algun tiempo al dibujante y al grabador.

Suplicamos, pues, á nuestros suscritores que renueven oportunamente.